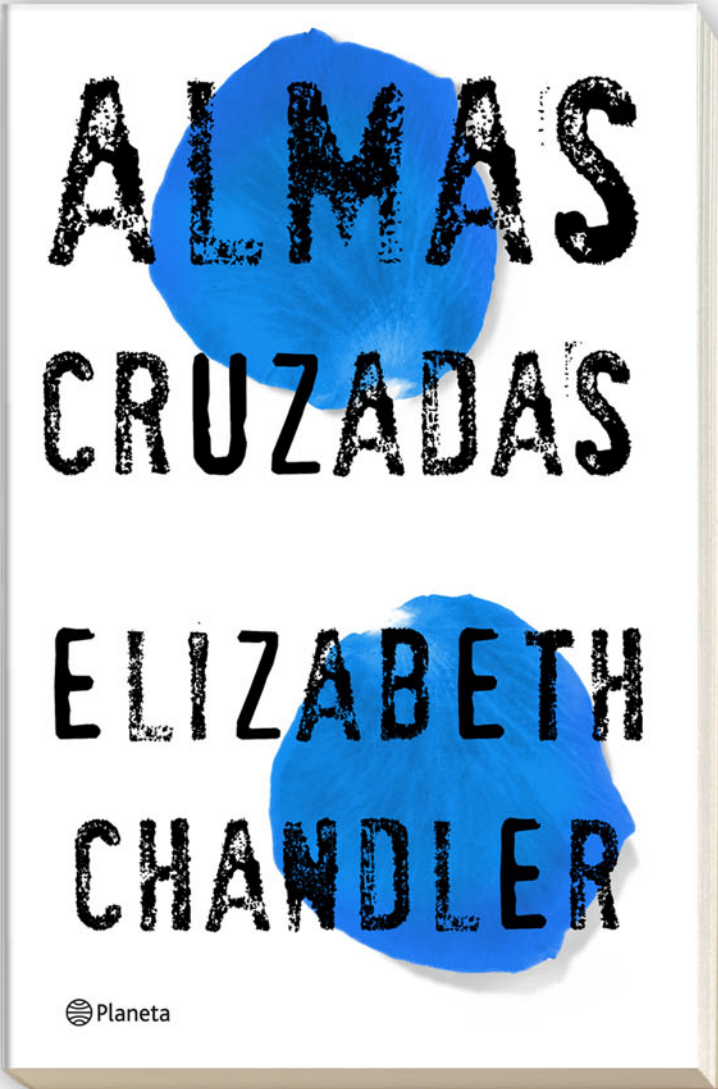


Fragmento

**Almas cruzadas**

Elizabeth Chandler



La trilogía de culto que ha fascinado a millones de lectores de todo el mundo.

# **Almas cruzadas**

Elizabeth Chandler

Traducción de Mireia Carol Gres

*A Puck, mi compañero de oficina, que  
estuvo ronroneando mientras yo escribía  
todos y cada uno de los capítulos*

Propiedad de PLANETA  
EDITORIAL PLANETA  
2012

## PRÓLOGO

Tras despertar, estuvo pensando largo tiempo.

No había ninguna esperanza. Y cuando no había esperanza, uno tenía dos opciones: desesperarse o vengarse. Los cobardes y los inútiles se desesperaban. Él se vengaría.

Venganza. La palabra en sí le daba fuerzas.

Pero debía andarse con cuidado, actuar con astucia. Había cosas que no sabía, cosas que no podía recordar.

Se acordaba de las palabras, pero no de dónde procedían, quizá de algún libro antiguo. No importaba; las hizo suyas: «Mía es la venganza.»

Si no hubiera perdido el corazón, estas palabras habrían estado grabadas en él:

«Mía es la venganza.»

«Mía es la venganza.»

«Mía es la venganza.»

# 1

–Escuchad. Es sobrecogedor.

La bruma nocturna, que olía a sal tan intensamente como el mar, se arremolinó en torno a Ivy y a su mejor amiga, Beth. El anticuado columpio del jardín en el que estaban sentadas crujió y se detuvo.

–Escuchad –repitió Dhanya–. Está... quejándose.

–Tranquilízate, Dhanya –le respondió Kelsey. Estaba repanchigada en una tumbona blanca de madera entre el columpio y los escalones de la entrada de la cabaña, en los que se había acomodado Dhanya–. ¿Es que no has oído nunca una sirena de niebla?

–Claro que sí. Pero esta noche parece tan triste, como si estuviera...

–Gimiendo..., lamentándose, susurrando, suspirando, llorando mientras espera a su amante, que jamás regresará del mar –dijo Beth. Acto seguido, rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo para garabatear aquellas palabras que, gracias a la sirena, podría incluir en su siguiente epopeya romántica.

Kelsey echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No has cambiado nada, Beth. Incluso sigues llevando encima ese viejo bolígrafo. ¿Por qué no escribes en el iPhone?

—¿Aquí? —contestó Beth—. ¿En este lugar en que famosos literatos estamparon sus palabras sobre papel a la luz de lámparas que quemaban aceite de ballena mientras la lluvia azotaba sin piedad los techos de pizarra de sus casuchas, y el viento bajaba aullando por el hueco de sus chimeneas, y no lejos de su puerta el violento oleaje rompía en infinitos...?

—Vale, vale —repuso Kelsey, agitando con impaciencia una pierna en dirección a su prima—. Lo pillo.

Ivy se echó a reír. Beth la miró de reojo y se unió a sus risas.

Desde que llegaron al cabo Cod cuatro días antes, Ivy tenía la impresión de que Beth y Will, el novio de Ivy, estaban continuamente pendientes de cómo respondía ella a las cosas. Ivy sospechaba que no era la única que pensaba en el aniversario de la muerte de Tristan, a finales de junio. Ivy había querido a Tristan más que a nadie o a nada en el mundo. La alegría que sentía cuando estaba con él no se asemejaba a nada que hubiera experimentado jamás. Que él la amara le parecía un milagro. Pero el 25 de junio se cumplía un año del comienzo de la pesadilla que habían vivido el verano anterior, un año desde la noche en que el hermanastro de Ivy, Gregory, había tratado de asesinarla y, en su lugar, había matado accidentalmente a Tristan.

–La niebla es tan espeluznante –prosiguió Dhanya–, el modo en que invade un lugar, la forma en que oculta las cosas...

La tarde de otoño en que murió Gregory había niebla. Al final, su deseo de destruir a Ivy era tan intenso que había pasado por alto el peligro al que él mismo se exponía. Cuando se precipitó a la muerte desde el puente del ferrocarril, Ivy y Will apenas si podían distinguir las rocas y el río que había debajo.

Un ruido sordo y amenazador hizo que Beth mirara hacia atrás.

–¿Eso ha sido un trueno?

Kelsey suspiró.

–Ojalá estallara una tormenta y acabáramos de una vez.

–¿Dónde está Will? –le preguntó Beth a Ivy, con tono preocupado.

–Pintando –le respondió ella, mirando en dirección al granero, donde Will se alojaba.

El granero restaurado –que formaba parte del pequeño hotel Seabright– se hallaba a tan sólo unos cuarenta y cinco metros de la casita. Aquella noche estaba a oscuras. El edificio albergaba tres suites para invitados, pero aquella segunda semana de junio Will era su único ocupante, y las ventanas de su habitación no daban a la bañía de las chicas. Las luces del edificio principal, situado al otro lado del jardín, eran una serie de manchas amarillas entre la niebla.

–Odio este tiempo –dijo Kelsey, tirando de su largo cabello castaño como si así pudiera alisárselo. Se lo dejó

caer sobre los hombros—. Se me está declarando un caso severo de pelo crespo. A ti también, Ivy.

Ivy sonrió y se encogió de hombros. Su cabello estaba siempre hecho una maraña dorada.

—Me parece increíble que la tía Cindy no instalara el cable en la cabaña —siguió quejándose Kelsey—. ¡Yo no voy a ver la tele en la «sala común», con sus alfombras de nudos, su porcelana vieja y sus flores! No puede culparme si me voy a Chatham a divertirme.

—Es casi medianoche y, con esta niebla, no podrás ver la carretera —le advirtió Dhanya a su mejor amiga—. Will tiene cable en el granero —añadió.

—Si está pintando, deberíamos dejarlo tranquilo —intervino Beth.

Los destellos rosados de unos relámpagos iluminaron el cielo por el oeste. Los truenos sonaban más fuertes, más próximos.

Kelsey hizo una mueca.

—En una noche así, lo único que se puede hacer es ir a un bar que ofrezca retransmisiones deportivas o celebrar una sesión de espiritismo.

—¡Una sesión de espiritismo! ¡Es una idea genial! —exclamó Dhanya—. Iré a por la tabla de ouija.

Ivy se dio cuenta de que Beth se agitaba, incómoda, en el columpio.

—Me parece que yo paso —les dijo Beth.

—Yo también —terció Ivy, al ver lo intranquila que estaba su amiga. Supuso que, para Kelsey y para Dhanya, comunicarse con los espíritus era un juego con el que



animar las fiestas. Pero Beth era vidente, y el año anterior había presentido en varias ocasiones el peligro que acechaba a Ivy.

—¿Pasáis? ¿Por qué? —las retó Kelsey—. ¿Es que las sesiones de espiritismo son demasiado infantiles para unas chicas de Connecticut como vosotras?

—No. Son demasiado reales —respondió Beth.

Kelsey arqueó una ceja, pero no dijo nada.

Dhanya se puso en pie. Era bonita y menuda, con un cabello largo y sedoso y unos oscuros y exóticos ojos.

—A mí se me dan bien las sesiones de espiritismo y demás cosas de tipo paranormal. En el instituto, la gente siempre me pide que le lea el tarot.

—Sí —repuso Kelsey, balanceando sus largas y atléticas piernas, que colgaban del reposabrazos de la tumbona—. Cuando mis amigas venían a dormir a casa, Dhanya era la estrella.

Kelsey se acercó al columpio y tiró de Ivy hasta obligarla a levantarse.

—Venga. Tú también, Beth. No seas aguafiestas —amonestó a su prima.

Una vez que Kelsey y Dhanya hubieron entrado en la cabaña, Ivy se volvió hacia Beth.

—Todo irá bien —le dijo en voz baja.

—No les he hablado del verano pasado, ni de Tristan ni de Gregory ni de nada.

Ivy hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se imaginaba el asombro de Kelsey si le contaban que Tristan había regresado en forma de ángel para proteger a Ivy de

Gregory y que Beth había sido la primera en comunicarse con él. No pararía de darles la vara con el tema.

—Lo único que quieren es pasar el rato.

—¿Y no te molesta? —Beth escrutó con expresión preocupada el rostro de Ivy.

Cuando se conocieron, hacía ya dos inviernos, Ivy había pensado que Beth tenía el aspecto de un maravilloso búho. Ahora, su amiga tenía la cara más delgada, su cabello castaño claro, que formaba unas capas parecidas a plumas, había crecido, y lucía un estiloso corte hasta la barbilla; pero sus ojos azules seguían siendo tan grandes y redondos como los de un búho, sobre todo cuando estaba intranquila.

Varios meses antes, Ivy había comprendido el porqué de toda la propaganda de su amiga en favor de pasar el verano en el cabo Cod. Según Beth, era una tormenta perfecta ideal, una oportunidad para vivir, jugar y trabajar juntas antes de ir a la universidad, y una forma de ayudar a la tía de Beth y de Kelsey. Recién divorciada, la tía Cindy, como quería que todos la llamaran, dirigía su pequeño hotel con un presupuesto muy justo. A cambio de su ayuda, les ofrecía un lugar donde vivir que estaba a escasos minutos del mar, una bahía, marismas de agua salada, senderos para ir en bicicleta... Pero, sobre todo, lo que Beth deseaba para Ivy, para Will y para sí misma era un verano lejos de Connecticut; Ivy era consciente de ello. Beth estaba decidida a apartarlos de los siniestros recuerdos del verano anterior.

—¿Venís o no? —les gritó Kelsey.

—Cuanto más digamos que no, más insistirán —le musitó Ivy a Beth—. Les seguiremos la corriente.

—Ya vamos —le contestó Beth a su prima.

Entraron en la cabaña de madera, que tenía dos habitaciones en el primer piso, un salón y, justo detrás de éste, una cocina donde Kelsey las estaba esperando. La escalera que conducía al único dormitorio del segundo piso era muy empinada: partía de la cocina y abrazaba la gran chimenea. Ivy y Beth despejaron la mesa que había en el centro de la cocina mientras Dhanya sacaba el tablero de ouija de debajo de su cama. Kelsey registró los armarios y los cajones de la cocina en busca de velas.

—¡Ajá! —Exhibió un paquete de seis velas de té de color rojo oscuro que olían a arándanos.

—Deberíamos usar velas blancas —aconsejó Beth—. El blanco atrae a los buenos espíritus. Iré a buscar unas cuantas al hotel.

—No, éstas servirán —se obstinó Kelsey.

Dhanya puso el tablero y la tablilla sobre la mesa.

—Sentaos —ordenó Kelsey, mientras colocaba las velas en círculo alrededor del tablero.

Ivy miró a Beth por encima de la mesa y le sonrió, esperando aliviar la tensión que detectaba en los hombros de su amiga, que estaban muy rígidos. Beth sacudió la cabeza y, luego, miró con el ceño fruncido el tablero dispuesto entre ellas.

Con el fin de que Dhanya pudiera leerlo todo con mayor facilidad, colocaron invertidas las tres filas del alfabeto, las hileras de números y, en la parte inferior del ta-

blero, la palabra «ADIÓS». La palabra «SÍ» estaba impresa en la esquina más próxima a Ivy, y «NO», en el ángulo cercano a Beth.

—Intentad no volveros locas de emoción, chicas —dijo Kelsey, cerrando la puerta trasera de la cabaña para que no hubiera corriente. Encendió las velas, apagó las luces del salón y de la cocina, y se sentó frente a Dhanya—. ¿A quién vamos a convocar? —inquirió—. ¿Quién ha muerto hace poco? ¿Alguien famoso, alguien perverso...? ¿Alguna buena idea?

—¿Qué os parece esa chica de Providence que asesinaron hace unos meses? —sugirió Dhanya.

—¿Qué chica? —preguntó Kelsey.

—¿No te acuerdas? Esa a la que su antiguo novio estranguló. ¿Caitlin? ¿Karen?

—Corinne, creo. —Kelsey aprobó su sugerencia con un gesto de la cabeza—. Amor, celos y asesinato. Una combinación imbatible.

—La persona con la que entras en contacto debería ser alguien que conoces —recomendó Beth—. Tienes que saber su nombre a ciencia cierta y además, importantísimo, tienes que estar segura de que tu contacto es un espíritu benévolo.

Kelsey la miró con desdén.

—Todo el mundo cree que sabe más que nadie.

Beth prosiguió:

—Con un tablero de ouija, haces algo más que charlar con un espíritu; estás abriéndole a ese espíritu un portal para entrar en tu mundo.

Dhanya desdeñó la idea con un rápido movimiento de la mano.

—Sé por experiencia que resulta más fácil si abres la comunicación con cualquier espíritu cercano conocido y dispuesto. Por favor, unid vuestras manos —las instruyó—, la izquierda encima de la derecha.

Beth siguió a regañadientes las instrucciones. Dhanya echó la cabeza hacia atrás y entonó:

—Espíritu errante, hónranos con tu presencia. Tú has visto lo que nosotras no podemos ver, has oído lo que no podemos oír. Te pedimos humildemente...

—Parece que estemos en la iglesia —interrumpió Kelsey—. Vamos a acabar con la Virgen María.

—De hecho —intervino Beth—, antes de empezar deberíamos rezar una oración para protegernos.

—¿Rezarle a quién, Beth? —repuso Kelsey—. ¿A ese ángel de piedra que hay entre la cama de Ivy y la tuya?

—Yo no le rezo a ninguna figurita —contestó Beth, cortante. Y luego añadió en una voz más suave—: Al ángel o al guardián que tú quieras, sea el que sea.

—No es preciso —insistió Dhanya—. Estamos sentadas en círculo. Eso nos protegerá.

Beth frunció los labios y meneó la cabeza. Cuando cerró los ojos como si estuviera llorando, Ivy pronunció en silencio su propia oración. Se dijo que la incredulidad de Kelsey impediría que sucediera nada, pero comenzaba a sentir cierto recelo.

—Colocad el dedo índice sobre el señalador —les indicó Dhanya—. Espíritu, te invitamos a unirte a nosotras

esta noche. Tenemos muchas preguntas que hacerte y nos alegraría recibir tus respuestas. Por favor, haznos saber si te encuentras presente. –Y les dijo a las demás–: Esperaremos en silencio.

Esperaron. Y esperaron. Ivy oía a Kelsey dar golpecitos con el pie por debajo de la mesa.

–Muy bien –dijo Dhanya–. Moveremos lentamente la tablilla en círculo sobre el tablero. Eso ayuda al espíritu a reunir la energía necesaria para comunicarse.

Movieron la pieza triangular en el sentido de las agujas del reloj, evitando el alfabeto y los números.

–No tan rápido, Kelsey –advirtió Dhanya.

Desplazaron la tablilla una y otra vez, describiendo círculos tan suaves y continuos como el gemido de la sirena. De pronto, la tablilla se detuvo. Parecía como si se hubiera quedado enganchada en algo. Ivy levantó la vista al mismo tiempo que Beth, Dhanya y Kelsey. Sus ojos se encontraron por encima del tablero.

–No empujéis –aconsejó Dhanya en voz baja–. Dejad que el espíritu tome el mando. Dejad que el espíritu nos guíe.

El señalador volvió a ponerse en movimiento. Se desplazaba con fuerza, como si estuviera empujando consigo el dedo de Ivy. Ésta observó con atención las manos de Kelsey y Dhanya, buscando un tendón flexionado o un dedo tenso, cualquier pequeña señal de que una de ellas lo estaba moviendo. Ahora, volvía a trazar un círculo. Ivy se percató de que se estaba desplazando hacia atrás.

Su mirada se posó en los rostros que la rodeaban. Los

ojos de color avellana de Kelsey centelleaban, con más sorpresa que malicia, al parecer.

Dhanya tenía la mirada baja; se estaba mordiendo el labio. A la luz titilante de las velas, Beth parecía pálida.

La tablilla describió otro círculo en sentido contrario al de las agujas del reloj. Y luego otro más. Ivy contó los círculos: seis.

—Tenemos que ponerle fin a esto —dijo Beth, inclinándose hacia adelante.

La tablilla se movió más de prisa.

—Acabad con esto —espetó Beth, alzando bruscamente la voz. Fuera se estaba levantando viento. Ivy lo oía silbar en la chimenea.

—¡Acabad con esto ahora! —gritó Beth—. Llévadlo hasta ADIÓS.

Se oyó el retumbar de un trueno.

—¡Desplazad el señalador hasta «ADIÓS!»

Pero parecía como si una voluntad fuerte e inexorable no les permitiera hacerlo. El señalador se movía con mayor rapidez mientras seguía describiendo círculos en sentido contrario al de las agujas del reloj, como si la fuerza fuera a perforar el tablero. Los ojos de Dhanya se dilataron de terror. Kelsey soltó un taco. Ivy tenía la impresión de que la punta del dedo le ardía allí donde mantenía contacto con la pieza triangular.

—Está creando un portal. Tenemos que...

Un trueno y un destello de luz interrumpieron las palabras de Beth. La puerta principal se abrió y se cerró de golpe. Unos cristales se hicieron añicos.

La boca de Beth se abrió en un grito inaudible. Kelsey medio se puso en pie, con la mano aún sobre el señalador. Dhanya se echó hacia atrás, encogiéndose de miedo en la silla. En un segundo destello de luz, Ivy vio que las tres muchachas estaban paralizadas.

–¡Ángeles! Ángeles, protegednos –rezó, esperando que la oración no llegara demasiado tarde.

Propiedad de  
EDITORIAL PLANETA  
2012